

Una Reflexión sobre las Elecciones de Estados Unidos

Hace treinta y un años tuve la oportunidad de estudiar Ciencias Políticas en la Universidad de Wisconsin-Eau Claire bajo el patrocinio del Programa Fulbright para Estudiantes de Centro América. En efecto, fue un gran privilegio vivir y estudiar en Wisconsin, un estado respetado por sus altos estándares educativos, con una población blanca mayormente descendientes de alemanes, polacos, escandinavos entre otros grupos europeos.

Durante el tiempo que viví en Wisconsin, me encontré con gente de mente abierta y muy amistosa, con una fuerte clase media y buen estándar de vida. Desde luego, la vida universitaria en Wisconsin me abrió un nuevo mundo intelectual, donde pasé largas horas en la biblioteca leyendo los clásicos de la Teoría Política desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche. Las clases eran académicamente rigurosas y los profesores estaban abiertos a discusiones adicionales durante sus horas de oficina. En verdad, allí pude apreciar la tolerancia intelectual y la discusión abierta de las ideas, sin prejuicios ideológicos.

Como estudiante de Ciencias Políticas, profundicé en la historia y fundación filosófica del gobierno de Estados Unidos, manteniendo en mi mente esa memorable frase escrita en el Preámbulo de la Declaración de Independencia de Estados Unidos que reza:

“Sostenemos como evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la Felicidad.”

Sin embargo, desde el mismo nacimiento de los Estados Unidos, la realidad entró en conflicto con el principio fundacional arriba mencionado, ya que la esclavitud era una institución aceptada en muchas partes del mundo durante el tiempo de la independencia de la nación norteamericana. Por lo tanto, desde el inicio, los Padres Fundadores y los líderes que los sucedieron tuvieron que hacerle frente a esta contradicción hasta que el Presidente Abraham Lincoln y su Partido Republicano llevó a cabo una lucha frontal contra la esclavitud, aboliéndola en 1865 luego de una prolongada guerra civil.

Curiosamente, Wisconsin tuvo un papel activo no sólo en proveer tropas al Presidente Lincoln durante la guerra civil, sino que también fue el lugar de nacimiento del Partido Republicano en 1854, cuya plataforma política progresista había denunciado las intenciones de los estados sureños de introducir la esclavitud en los territorios del oeste, a medida que el gobierno de Estados Unidos expandía sus fronteras e incorporaba nuevos estados a la Unión.

Aunque la esclavitud fue abolida mediante la Décimo Tercera Enmienda a la Constitución de Estados Unidos en el año final de la guerra civil, y además de que derechos adicionales fueron reconocidos a la gente de color en las Enmiendas Décimo Cuarta (1866) y Décimo Quinta (1869), las heridas psicológicas de la guerra nunca se cerraron, sino que persistieron a lo largo de los Siglos XIX y XX a través de legislaciones conocidas como las leyes de Jim Crow.

Las leyes de Jim Crow eran legislaciones locales y estatales establecidas para mantener la segregación racial en los espacios públicos en los estados del sur mayormente controlados por los demócratas. Esta segregación racial fue aplicada en las escuelas, el transporte público, baños públicos y otros espacios sociales. Ni siquiera el ejército de Estados Unidos se escapó del alcance de estas leyes racistas.

Como reacción natural a este racismo institucional, emergió el movimiento de los derechos civiles en los años 1950 y 1960, el cual terminó con la segregación racial. En efecto, las leyes de Jim Crow fueron aplicadas hasta el año 1965, es decir, un siglo después del fin de la guerra civil.

Sin embargo, en el Siglo XXI todavía podemos observar casos de racismo sistemático en la sociedad norteamericana, lo cual es agravado por el hecho que el Presidente Donald J. Trump ha evitado denunciar a los grupos supremacistas blancos al tiempo que ha estado usando términos despectivos contra otros grupos étnicos no blancos.

La ironía de estos tiempos es que el Partido Republicano, liderado por el presidente Trump, ha dejado de ser el Partido anti-esclavista para convertirse en el partido de la xenofobia, mientras que el Partido Demócrata, anteriormente el partido racista, se ha convertido en el campeón del multiculturalismo.

Es importante mencionar que ambos partidos comenzaron con una base de población blanca. Sin embargo, después de la Gran Depresión de 1929 y consiguiente elección del presidente demócrata Franklin D. Roosevelt en 1932, Estados Unidos experimentó una profunda reforma de gobierno bajo el programa del Nuevo Trato del presidente Roosevelt, el cual, a su vez, generó un gran cambio en la base electoral y la agenda política del Partido Demócrata hasta el día de hoy.

Diseñado para sacar a Estados Unidos de una profunda crisis económica, el programa del Nuevo Trato introdujo una fuerte intervención gubernamental en diferentes áreas de la economía tales como la regulación financiera y bancaria, la promoción de los sindicatos, el gasto federal en grandes proyectos de infraestructura para estimular la economía, subsidios para los desempleados y agricultores empobrecidos, entre otras. Estas medidas transformaron al Partido Demócrata en un partido progresista liberal mientras que el Partido Republicano mantuvo una posición conservadora, oponiéndose a la intervención del estado en la economía.

Más tarde, bajo los presidentes demócratas John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, el Partido Demócrata continuó con la expansión de sus políticas progresistas a través del gasto en programas sociales para reducir la pobreza y mejorar la vida de millones de ciudadanos estadounidenses.

Además, la administración del presidente Johnson logró pasar en el Congreso la Ley de los Derechos Civiles (1964) y la Ley de Derecho al Voto (1965), atrayendo a la gente de color al campo demócrata y profundizando el cambio en la base electoral de ambos partidos, con los estados del Noreste, Medio Oeste y Oeste bajo el dominio del Partido Demócrata mientras que los estados del sur se convirtieron en los bastiones del Partido Republicano.

Hoy en día, el Partido Republicano mantiene una gran base electoral de población blanca y cristianos evangélicos en el interior y estados del sur (y cerca de 17% de no blancos), mientras que el Partido Demócrata está compuesto por una base diversa que incluye blancos, gente de color, hispanicos, asiáticos y otros grupos étnicos con diferentes creencias religiosas, así como personas sin ningún tipo de religión.

En temas nacionales, el Partido Republicano se caracteriza por ser un partido anti-inmigrante, mínima intervención del gobierno en la economía, fuerte aplicación de la ley y orden, seguridad social privada, poco interés por proteger el medio ambiente, entre otros. Por otro lado, el Partido Demócrata apoya la inmigración controlada, activa intervención del gobierno en la economía, la eliminación de la desigualdad racial y la promoción de la justicia social, seguridad social privada y pública, fuerte protección del medio ambiente, entre otros.

Antes de que Donald J. Trump se convirtiera en presidente de Estados Unidos, ambos partidos se enfrentaban en elecciones justas con una participación electoral generalmente baja comparado con los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Sin embargo, la elección presidencial de este año donde el Presidente Trump corrió para la reelección produjo un nivel histórico de participación electoral en ambos partidos.

En adición a la alta participación electoral, las elecciones de este año mostraron una histórica polarización política en ambos partidos al grado que la mayoría de los votantes de Trump y Biden dijeron en una reciente encuesta de Pew Research Center que “una victoria del otro candidato provocaría un daño permanente en la nación.” Todavía, y para crear mas preocupación sobre la futura gobernabilidad de Estados Unidos, la misma encuesta mostró que los partidarios de ambos candidatos no sólo estaban en desacuerdo en la política y políticas del otro candidato, sino que también estaban en desacuerdo en cuanto a los valores y objetivos fundamentales de los estadounidenses.

Probablemente, la mayoría de las personas culpe a Trump por esta polarización política, pero pienso que Trump es el síntoma de una enfermedad más profunda en el cuerpo social de Estados Unidos. La realidad es que el estándar de vida de los estadounidenses ha experimentado un deterioro en décadas recientes, y una victima importante ha sido la clase media norteamericana, la cual de acuerdo con Pew Research Center, se ha reducido desde un 61% en 1971 a un 50% en el 2015.

Recuerdo cuando regresé a Estados Unidos para recibir un reconocimiento de la Universidad de Wisconsin, después de 18 años, en el 2009. Me alegré de encontrarme con mis profesores, familias anfitrionas y amistades, y aunque fue una ocasión memorable, pude sentir que el Wisconsin próspero que dejé al principio de los años 90 ya no era el mismo. Pude observar un notable deterioro de los estándares de vida, lo cual fue agravado por la Gran Recesión del 2008-2009.

Wisconsin, como otros estados del Cinturón de Hierro, ha sufrido la pérdida de empleos manufactureros mejor pagados y experimentado un vaciamiento de sus industrias sin que ambos partidos hayan ofrecido algún remedio para una clase media contraída. Este deterioro económico ha servido de campo fértil para el surgimiento de Donald J. Trump y su falsa retórica de traer los empleos fabriles de vuelta, lo cual aún no ha ocurrido.

Sin embargo, ya sabemos que a Trump no le importa con nadie excepto consigo mismo. La guerra comercial con China ha incrementado los costos en la economía de Estados Unidos, e internacionalmente, Trump ha alejado a los aliados, causando un gran daño al liderazgo de EU en el mundo. Todavía peor, el ha profundizado la división en la mente de los ciudadanos norteamericanos, enfrentándolos unos contra otros.

Para Trump, la vida es un juego de suma-cero donde el es el único ganador y no puede perder. Por ello, ha puesto a prueba la fortaleza de las instituciones de EU, cuestionando los resultados de las elecciones, las cuales el claramente perdió. Es la primera vez en la historia de EU que un presidente en ejercicio no sólo ha puesto en duda la legitimidad del sistema electoral de EU, sino que también ha incitado a sus partidarios a rechazar los resultados con reclamos de fraude sin sustento alguno.

Además de retar el resultado de las elecciones, Trump ha desafiado los hechos, la ciencia y la racionalidad sobre la cual los Padres Fundadores edificaron el país. Incluso, el ha desafiado la verdad repetidamente, diciendo más de 20,000 mentiras a lo largo de su presidencia, según un conteo del Washington Post. Peor aún, ha desatendido la lucha contra la pandemia del coronavirus, convirtiendo el uso de las máscaras en un tema político, lo cual ha resultado en la muerte de más de 250,000 ciudadanos estadounidenses.

Solo espero que los líderes del Partido Republicano comprendan la importancia de detener el culto ciego y peligroso de Trump, el cual ha intoxicado a dicho partido. Pienso que ellos gradualmente reconocerán el triunfo de Joe Biden, quien tendrá que dedicar todas sus energías para traer a EU de vuelta al sendero correcto. Biden tendrá que prestar atención a los más de 70 millones de personas que votaron por Trump, ya que ellos tienen reclamos que no pueden ser ignorados. Washington debe prestar atención al interior y los estados del sur para evitar una repetición de otro conflicto interno sangriento.

En verdad, no deseo que la predicción de mi profesor de historia en la Universidad de Tsukuba se haga realidad en el futuro. En el año 2000, mi profesor de historia le dijo a los estudiantes del curso de maestría que para el año 2050, los Estados Unidos se convertiría en tres o cuatro países debido a los puntos de vista y creencias cada vez más extremistas de los distintos grupos étnicos que pueblan los EU. Como sabemos, la

Constitución de EU, sus leyes e instituciones sólidas son las fuerzas que unen a la nación norteamericana, pero en tiempos de crisis profunda no existe una Reina como en Inglaterra o un Emperador de Japón que pueda calmar las pasiones políticas en conflicto y unir a todas las partes bajo una misma bandera.

En pocas palabras, deseo que Biden reciba una gran iluminación que le permita forjar un equilibrio doméstico robusto, reconstruir la economía y poner la pandemia del coronavirus bajo control al tiempo que restaura el liderazgo de EU en el mundo.

Dr. Ritter Díaz
Consultor Internacional
Tokio, 24 de noviembre de 2020.